El español, lengua internacional

CARLOS GONZÁLEZ REIGOSA*

Director de Publicaciones, Análisis y Estilo, Agencia EFE

Palabras clave: lengua, prensa, neologismos

Por fortuna, no es preciso recordar que cuando hablamos de la lengua española no estamos hablando de una cualquiera de las 3500 lenguas vivas que existen todavía en el mundo. En rigor, estamos hablando del segundo idioma de occidente —después del inglés—, con casi cuatrocientos millones de hablantes. Y aún si preferimos echar mano de datos globales, las evaluaciones nos siguen siendo muy favorables: la lengua española es la cuarta del mundo por el número de hablantes; la tercera como lengua de la política, la economía y la cultura, y la segunda —y esto es muy importante—como vehículo de comunicación internacional. Esta es una forma, si se quiere sólo cuantitativa —y por ello forzosamente reduccionista— de presentar la situación.

Hace unos años, en términos sin duda mucho más poéticos, el escritor argentino Ernesto Sábato, en unas declaraciones a un medio televisivo, se emocionaba diciendo: «Que veinte naciones hablemos y escribamos, en América Latina, seamos descendientes de italianos o de indios, en la lengua de Cervantes, es probablemente el milagro más portentoso de nuestro tiempo. Yo soy hijo de italianos, pero mis ancestros son Cervantes y Gonzalo de Berceo. ¡Fíjese qué milagro es esto!». Es otra forma de presentar nuestra realidad idiomática, esta vez quizá reduccionista por su tinte personal y sentimental.

En cualquier caso, ambas formas de verlo, la cuantitativa y la sentimental, nos ahorran otros esfuerzos para acercarnos con brevedad a la situación del idioma español en estos albores del siglo XXI. Nuestra lengua goza por fortuna de buena salud, mantiene su unidad en el seno de la comunidad hispanohablante, es la patria espiritual —que así llamaba Albert Camus al idioma propio— de casi cuatrocientos millones de personas y su extensión territorial y su difusión en el mundo no ha dejado de aumentar desde finales del siglo XV. Hoy el español es una de las pocas lenguas en

expansión y, junto con la inglesa, quizá la que tiene por delante un mayor crecimiento demográfico, cuando menos en las próximas décadas.

Son datos que invitan al optimismo y hay motivos para aceptar esta invitación, pero pocas cosas acreditarían una mayor miopía y una mayor estupidez que no percibir los riesgos que se podrían agazapar en esta autocomplacencia descriptiva, si no va inmediatamente acompañada de una cabal referencia al marco en que se sitúa, tanto en la relación del español con otras lenguas como en la perspectiva de su propia evolución interna. La posición de fuerza de nuestro idioma es cierta, pero está muy lejos de ser una fortaleza inatacable, inexpugnable. Sólo la desidia o la ignorancia podría ocultar la larga serie de peligros que acechan o los daños que ya han sido causados.

No es mi propósito usurpar el lugar de los lingüistas ni he sido invitado a ello, pero se me permitirá una breve referencia a uno de estos riesgos: la riada permanente de neologismos que, muy mayoritariamente procedentes del inglés, desembocan cada día en nuestra lengua, sin que sepamos a ciencia cierta qué hacer con ellos. Hemos definido la teoría general de que debemos prestar una acogida, si no calurosa, cuando menos educada, a todas aquellas aportaciones que no tienen una traducción precisa en español, y hemos convenido que debemos rechazar toda invasión terminológica que disponga de equivalente en nuestra lengua. La dificultad, por consiguiente, no está en la teoría. La dificultad está en la práctica. ¿Significa *sponsor* lo mismo que patrocinador y por lo tanto debemos rechazar el neologismo o, por el contrario, incorpora un significado distinto, de índole económico, que justifica su integración en nuestros diccionarios? ¿El *e-mail* que ahora tanto frecuentamos, y que consiste en el envío de mensajes por vía electrónica, lo traduciremos algún día por «correo electrónico» —que es lo que le corresponde— o, como proponen algunos con cierta gracia, por «emilio» —«te envío un emilio», dicen—, o prevalecerá ya para siempre la denominación de origen: el novedoso y llamativo *e-mail*? ¿El *chat* en Internet, que consiste en conversar por medio de la red, lo traduciremos por charlar o, como ya está ocurriendo, diremos *chatear*? ¿El inevitable *modem* (modulador-demodulador) volverá a tener alguna vez el familiar nombre de adaptador? ¿Tendremos que seguir *on line* mucho tiempo o alguna vez estaremos sencillamente conectados? Y, para acceder a la red, ¿habremos de disponer siempre de un *password* o algún día, como todo parece indicar, nos bastará con una simple clave o contraseña? Son cosas que están ocurriendo, que se están dilucidando y que, de un modo u otro, están afectando al idioma español.

Con todo lo que acabo de decir, quiero que se me entienda bien: se trata sólo de describir una realidad y de constatar cómo nos afecta. La posición dominante del inglés es una parte sustancial de esta realidad —es la posición que le corresponde por el poderío angloamericano, como en el siglo XVIII le correspondió al francés y antes al español—, pero semejante reconocimiento no obliga a apuntarse en las filas de la rendición incondicional o del augurio del desastre, filas a las que algunos son tan aficionados. Por mi parte, lejos de lamentar esta posición (esta correlación de fuerzas, si se quiere), la bendigo y la celebro. Soy un convencido de que, sin ese predominio del inglés (que tanto debe a los medios de comunicación), no estaríamos hablando ahora de un idioma español tan cohesionado y con tan poco riesgo de fragmentación (también por obra de los medios de comunicación). Vaya lo uno por lo otro. A principios de siglo XX nuestra lengua corrió riesgos de disgregación, de los que nos alertaron prohombres como Andrés Bello o Miguel de Unamuno. Todavía Dámaso Alonso, en sus años de director de la Real Academia Española, albergaba esta gran inquietud, como nos recordó Luis María Ansón en unas declaraciones. El peligro parece claramente conjurado. El propio Luis María Ansón aseguraba, en la misma entrevista, que «gracias a la potencia de la televisión y de la Agencia EFE se ha salvado la unidad del idioma y se ha enriquecido». Lo cierto es que hoy no existe una gran preocupación en este sentido ni se vislumbran elementos que la justifiquen. Y para que no sea sólo mi testimonio el que aquí comparezca, permítanme que aporte otros de mucho mayor rango.

El académico Gregorio Salvador ha subrayado, en una intervención pública, que «hoy por hoy, nuestra lengua, pese a su dilatada extensión y a su carácter plurinacional y multiétnico, es una de las lenguas más homogéneas que existen, una lengua que permite la intercomunicación entre todos sus hablantes, cosa más infrecuente de lo que se imagina, un idioma que no apunta hacia la disgregación, que no presagia la fragmentación que llegó a temerse a fines del pasado siglo. Y eso en buena parte se debe a la conformidad en la norma, es decir, a la aceptación sin reservas por todos los países hispanohablantes de una ortografía sin fisuras, de unas reglas de uso, de unas normas de corrección y de propiedad que todos acatamos y que frenan cualquier tendencia disgregadora».

Tanto o más optimista era la posición del también académico Rafael Lapesa cuando declaraba: «Cada vez hay más hispanos que viven en Estados Unidos y una lengua tiene un valor psicológico sobre aquellos que la viven y la hablan. El español es la tercera lengua en influencia, tras el inglés y el chino, y su futuro no está en absoluto amenazado. El inglés

nunca logrará arrinconar al español. Además, pese a sus pequeñas y a veces no tan pequeñas diferencias dialectales, el español se ha mantenido unido en América y en Europa».

El ex director de la RAE Manuel Alvar escribía en un diario de Madrid: «Se ven rasgos de discrepancia en la diversificación del vocabulario, pero pienso que ello no atenta —por hoy— a la unidad de la lengua. También se produce en esta banda del mar. Lo que importa es la voluntad de los hablantes y no creo que nadie piense en una escisión suicida». Es decir, nada ha conseguido acabar con la unidad de nuestro idioma.

Sin embargo, como decía, las agresiones existen, y no sólo en la vertiente terminológica, sino también en la sintáctica, lo que supone un mayor riesgo. Nuevas palabras y nuevos giros comparecen cada día ante nuestro idioma y no siempre llaman a la puerta con la debida delicadeza o respeto. A veces incluso pasan por encima de nuestros guardianes, académicos y no académicos, sin el menor pudor o reparo... Todo esto es verdad, pero no hay que pasarse en el remilgo, porque, a fuer de sinceros, ya debemos estar curados de estos espantos, a la vista de lo ocurrido en los últimos tres siglos. Ni los más estrictos puristas se han negado nunca a la introducción de neologismos necesarios, aceptando que deben admitirse aquellas palabras que carezcan de equivalente castellano, y cuyo uso sea imprescindible en virtud de nuevas necesidades. Ya Feijoo nos aleccionaba: «¡Pureza! Se deberá llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad», porque, a su entender, para acoger un neologismo ni siquiera es preciso que nos falte un sinónimo: «basta que lo nuevo tenga o más propiedad, o más hermosura, o más energía».

Riesgos que existen, con los que convivimos, pero que no han quebrado esa cohesión idiomática de la que hablamos y que tiene su expresión más completa y más visible en una literatura que es, según Octavio Paz, la mejor del siglo XX: la literatura en lengua española. Una literatura que define, a la vez, un espacio y una cosmovisión compartidos. Algo que otro escritor mexicano, Carlos Fuentes, expresó con gran acierto al decir: «Todos los libros, sean españoles o hispanoamericanos, pertenecen a un solo territorio. Es lo que yo llamo el Territorio de La Mancha. Todos venimos de esa biografía, no sólo manchega, sino manchada, es decir, mestiza, itinerante, del futuro». Los nombres de Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Mario Vargas Llosa, Camilo José Cela, Octavio Paz, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, Miguel Ángel Asturias, Roa Bastos o Alfredo Bryce Echenique son habitantes de esa comunidad que el propio Octavio Paz llamó su patria: el idioma español.

Estamos hablando, por consiguiente, del idioma como un medio internacional de cohesión cultural. Y bien se puede decir en este año 2002, cuando ya han quedado atrás todas las conmemoraciones del centenario de nuestro desfallecimiento imperial, que, si es cierto que se han debilitado algunos vínculos tradicionales —y retóricos— entre España e Iberoamérica, no es menos cierto que, sobre la comunidad idiomática, se ha revitalizado y está creciendo una relación de mayores proporciones, y ya no sólo en el ámbito cultural, sino también en el económico. Sobre un idioma único, del que son copropietarios todos los países que lo hablan, sobre una tradición y una historia compartidos, sobre una forma común de ver el mundo y la vida, comienza a imponerse un proyecto de futuro que, como se ha reiterado en todas las Cumbres Iberoamericanas, define un ámbito comunitario: el espacio iberoamericano. Cuatrocientos millones de personas que sueñan en el mismo idioma, pero que también se entienden y hacen negocios en la misma lengua.

Porque la cohesión idiomática y la cohesión cultural —no se olvide que son las culturas las que sostienen y justifican las lenguas, y no al revés— han creado, probablemente sin quererlo, lo que bien podemos llamar una progresiva cohesión industrial. Si observamos las cifras de intercambio comercial entre España e Iberoamérica de hace doce o trece años y las comparamos con las actuales (y con las inversiones del último septenio), descubriremos una tendencia inequívoca. En 1989, de todo el comercio exterior de Iberoamérica, sólo el 20% estaba relacionado con la Europa comunitaria, un entorno en el que España no era siquiera el socio más relevante. El socio mayor era Alemania (entonces aún la RFA, con el 24% de las exportaciones iberoamericanas a la CE y el 33% de las exportaciones de la CE a Iberoamérica). Le seguían Italia (14,6% y 16,3%), Reino Unido (12,8% y 10,8%), y Francia (12,7% y 16,2%). España ocupaba sólo el sexto puesto, con el 10,2% del comercio total interregional.

Esta era la situación entonces, que podría definirse de cercanía retórico-afectiva y de lejanía económico-financiera. Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar con la superación, por parte de los países americanos, de la «década perdida» y las consiguientes reformas que abrieron los mercados e incorporaron a los distintos países a los flujos económicos internacionales, ahora llamados globales. La sensibilización añadida por las Cumbres Iberoamericanas, que empezaron a celebrarse cada año desde 1991, favoreció un marco comunitario que engloba a los países hispano-lusohablantes de Europa y América. La Agencia EFE se situaba en 1991 como la primera agencia de prensa en la provisión de información internacional para los países hispanohablantes y vertebraba

eficazmente la comunidad, al ser la mayor *intercambiadora* de noticias entre los distintos países. Grandes empresas españolas comenzaron a invertir en América (Telefónica, Endesa, Iberdrola, Iberia, Dragados, Ferrovial, Campofrío, Unión-Fenosa, Planeta, Santillana, Anaya, etc). Los mayores bancos se sumaron pronto a esta corriente: SCH, BBVA, etc. España se convirtió así en el primer país europeo en inversiones en la América hispanohablante, con una alta presencia en los sectores de telecomunicaciones, financiero y energético. Y, en sentido contrario, en España aparecieron empresas de países iberoamericanos, que han buscado aliados para entrar en el mercado europeo por la puerta ibérica, sobre todo dentro del sector agroalimentario. En capítulo distinto, pero notable, hay que apuntar la presencia de empresas como Televisa.

Antes de terminar es obligado hacer una referencia expresa a las oportunidades y los riesgos del español en el nuevo entorno de la comunicación multimedia, eso que se llama la tecnología lingüística y que incluye la necesidad del conocimiento de la lengua española en su dimensión cuantitativa, como oportunidades de negocio y como líneas generales de actuación de un gobierno interesado en desarrollar esas posibilidades económicas. Es una riqueza potencial extraordinaria, que sólo se afianzará si la lengua española conserva su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias de la industria y los servicios. Es algo que convierte en perentoria e insoslayable su informatización. Se trata de que el español sea una lengua apta para el nuevo mundo científico, tecnológico e industrial, conjugando aspectos tecnológicos y culturales. Es el ámbito de las llamadas «industrias del idioma», fruto de la aplicación de las tecnologías de la información a la lengua, y que abarcan desde los tratamientos de texto a la lexicografía, pasando por la traducción por ordenador y la síntesis y reconocimiento del habla. Unas industrias que tienen una dimensión económica de gran importancia, en un momento en que el sector terciario es el motivador principal del progreso económico. Es ésta una batalla que es indispensable ganar, y que se va a ganar, porque las grandes perspectivas del mundo hispanohablante así lo propician. La cultura hispana, la demanda del español como lengua extranjera (sólo precedida por el inglés) y la progresiva concertación de los países copropietarios del idioma en la defensa de sus intereses garantizan este éxito. Sin embargo, éste es un camino en el que no conviene dormirse, porque en algunos de sus tramos es seguro que muchos idiomas —muchos de esos 3 500 de que todavía se hablan— verán como se desvanece su futuro. El idioma español no corre ese riesgo. Pero hasta un gran idioma

como el español podría hallar su peor enemigo en la desidia, en el descuido, en la laxitud o en el abandono.

Dicho lo anterior, quiero añadir unas pocas palabras sobre la labor de la Agencia EFE, que es la cuarta del mundo en el ámbito de la información internacional y la primera en publicación en los países hispanohablantes. La agencia española, consolidada en sus servicios básicos, está ahora ampliando su oferta, por medio de Internet, con servicios de noticias, de fotografías, de televisión y en formato multimedia. Esto supone la incorporación de un extraordinario volumen informativo en español (más de dos mil noticias diarias). Asimismo, se ha conectado a la red el servicio de EFEDATA (el Banco de Datos de EFE), que contiene más de tres millones de documentos, a los que se puede acceder de forma inmediata.

La Web de EFE en Internet (www.efe.es) es la más potente que existe en español en cuanto a volumen de información, rapidez y capacidad de búsqueda. A través de ella se puede conectar también con más de 200 diarios en español presentes en la red, además de otros medios radiofónicos y televisivos. Y el esfuerzo no ha hecho más que empezar.

En el ámbito lingüístico la Agencia EFE, que tiene entre sus compromisos preferentes la defensa de la unidad del idioma español a ambos lados del Atlántico, creó en octubre de 1980 su Departamento de Español Urgente (DEU), destinado a dar respuestas inmediatas a cualquier consulta idiomática, proveniente de periodistas de la agencia o de cualquier otro medio o de particulares. Su objetivo quedó claramente definido desde el principio: proporcionar criterios uniformes del uso del español, a fin de evitar la dispersión lingüística y hacer frente a la invasión indiscriminada de neologismos (lo que significa muchas veces atajar males originados en la traducción o en la busca de un equivalente español para una palabra extranjera)

En estos veinte años el DEU, que en verdad funciona como una *Unidad de Intervención Rápida* ante cualquier agresión al idioma, no ha dejado de dar respuestas a las demandas que se le plantean cada día, por teléfono, por fax, por correo electrónico o por carta. Un grupo de filólogos expertos atiende las cuestiones planteadas y, en caso de duda, eleva sus consultas al Consejo Asesor de Estilo, una unidad de elite constituida por académicos y expertos lingüistas, que se reúne cada quince días en la Agencia. En este momento lo forman los académicos Gregorio Salvador Caja y Valentín García Yebra, el secretario de las Academias Hispanoamericanas Humberto López Morales, el catedrático de Redacción Periodística de la Universidad Complutense José Luis Martínez Albertos y el investigador del CSIC Leonardo Gómez Torrego. Este Consejo Asesor de Estilo da el veredicto final

cuando es necesario y mantiene vivo y al día el *Manual de Español Urgente* de EFE, que está ahora en su decimotercera edición.

Este manual contiene básicamente la norma lingüística que se aplica en la agencia, y satisface comprobar que es seguido masivamente por otros medios de comunicación. Su contenido sustancial está también disponible en Internet, junto con muchas de las respuestas a diversas dudas sobre usos lingüísticos contenidas en los dos tomos de nuestro *Vademécum de Español Urgente* y en el *Diccionario de Español Urgente*. A todo ello se suma nuestra contribución, como moderadores, del foro de debate *Apuntes*, creado por EFE en agosto de 1996 y que, con unos 250 participantes, anda por cerca de los dos mil mensajes mensuales.

Información, idioma y nuevas tecnologías constituyen así una unidad funcional y operativa en la Agencia. Sólo una información completa, exacta y puntual puede consolidar la credibilidad de un medio de comunicación como EFE. El uso correcto del idioma forma parte de esa credibilidad y asegura el mantenimiento de una visión propia de todo lo que acontece en el mundo, con los miles de periodistas esparcidos por las distintas capitales y que conciben en origen la noticia en español. Pero todo ello —todo este esfuerzo— carecería de sentido sin una capacidad de difusión suficiente. Ninguna agencia ha sobrevivido al margen de la vanguardia tecnológica. La Agencia EFE lo sabe y permanece incorporada a ella, y, en la medida en que cumple estos requisitos de modernidad y los combina adecuadamente, profundiza en su aspiración de consolidarse como un medio de comunicación extraordinariamente valioso para toda la comunidad hispanohablante (la sociedad-red que hablará español) en esta nueva Era de la Información. Este es su desafío y su horizonte. Y en este sentido contribuirá, desde la vertiente informativa, a mitigar la desproporción de esos porcentajes que hoy entronizan al inglés muy por encima de todos los demás idiomas. Así, poco a poco, las aguas volverán a su cauce, también en la red.

* Director de Publicaciones, Análisis y Estilo de la Agencia EFE.; entre los años 90 y 97 fue director de información de la Agencia EFE; autor de numerosos artículos publicados en la prensa española y americana y de catorce libros de novelas y relatos; premio *Xerais,* de narrativa en gallego, Rodolfo Walsh de literatura testimonial y Puro Cora de periodismo; ha impartido cursos sobre lenguaje y periodismo en las universidades UIMP, Complutense, Rey Juan Carlos y en la de Santiago de Compostela.